



Historias posibles en un país difícil (la historiografía colombiana entre 2010 y 2020)

GILBERTO LOAIZA CANO

Ilustraciones: Luisa Fernanda Maya Yarce

INTRODUCCIÓN

Este balance comprende el lapso 2010-2020, porque hemos juzgado necesario examinar lo que fue la producción historiográfica colombiana impulsada por la conmemoración bicentenaria de la Independencia. Entre 2010 y 2020 la ciencia histórica cobró mayor relieve en la discusión pública debido, en parte, a una eclosión de una voluntad conmemorativa que incluyó el recuerdo de las fechas bicentenarias y la necesidad de construir una memoria colectiva del conflicto armado interno. Por mandato de la Ley 1448 de 2011, fue creado el Centro Nacional de Memoria Histórica cuya principal función ha sido desde entonces la de recibir, recuperar, conservar, compilar y analizar un plural material documental que ha servido de fundamento a los relatos de los sobrevivientes de ese conflicto. A eso añadamos el amago de retorno de la enseñanza de la historia a la educación básica y media; según el Decreto 1002 de 1984, la historia fue diluida en una pretendida integración del área de las ciencias sociales, pero con la Ley 1874 de 2017 ha sido anunciado su retorno a las aulas. El único paso adelante hasta ahora fue la creación, en 2019, de una comisión asesora del Ministerio de Educación que debe fijar los derroteros de la enseñanza de la historia en las escuelas y colegios de Colombia.

El examen se concentra en la producción bibliográfica por varias razones, entre ellas la convicción de que el libro sigue siendo la mejor expresión de una investigación culminada. El artículo en revista especializada es un escalón en el proceso de formación de historiadores e historiadoras o en el proceso de una investigación más ambiciosa; además, la revista especializada está cada vez más confinada a un público estrecho, mientras que el libro intenta una conversación con auditorios más amplios.

Profesor titular del Departamento de Filosofía de la Universidad del Valle. Licenciado en filología de la Universidad Nacional de Colombia, magíster en historia de esa misma universidad y doctor en sociología del Instituto de Altos Estudios sobre América Latina (Iheal, por sus siglas en francés), de la Universidad de París III. Autor de dos biografías: *Luis Tejada y la lucha por una nueva cultura (1898-1924)*, Premio Nacional de Historia del Instituto Colombiano de Cultura en 1994, y *Manuel Ancizar y su época (1811-1882)*, publicada en 2003. Su libro *Sociabilidad, religión y política en la definición de la nación. Colombia, 1820-1886* obtuvo el Premio Ciencias Sociales y Humanas de la Fundación Alejandro Ángel Escobar en 2012. Sus líneas de investigación son la historia intelectual y la historia del Estado en Colombia.

Nuestro balance está organizado en dos partes. La primera se detiene en lo que ha sido la investigación histórica en Colombia y, por tanto, allí interesa dar relieve a las tendencias que han dejado huella en la producción historiográfica. La segunda parte privilegia la historia como un discurso acerca del pasado, en el que intervienen muchos agentes sociales y políticos; aquí adquiere importancia explicar el peso público de la agenda impuesta por la voluntad conmemorativa que tomó consistencia en esta última década. Veamos qué podemos plasmar en este balance guiados por tales criterios.

LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA EN COLOMBIA

La consolidación institucional de la ciencia histórica no puede ponerse en duda; abundan los programas de pregrado que forman profesionales en historia o en ciencias afines. La formación de pregrado, además, ha ido expandiéndose a ciclos de posgrado que, en apariencia, exigen procesos ambiciosos de investigación. Sin embargo, la institucionalización todavía no halla equivalencia en el grado de profesionalización cuya medida es la calidad y la cantidad de la investigación histórica. La formación en maestrías y doctorados no tiene aún la consistencia suficiente para hablar de una alta producción de resultados de investigación. Todavía, como lo constató José Eduardo Rueda Enciso en su balance sobre la década precedente, publicado en 2011 en este boletín (n.ºs 79-80), la formación doctoral busca refugio en universidades extranjeras porque Colombia sigue siendo un país hostil para la investigación humanística de alto nivel. En Colombia son exóticas las becas para investigar en cualquier ciencia, mucho más en las ciencias humanas; de modo que el éxodo sigue siendo un fenómeno tristemente apreciable. En México, por ejemplo, jóvenes prospectos colombianos han ido acumulando un capital historiográfico que merece examen. El Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, El Colegio de México y la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), por mencionar las instituciones más conocidas, han sido generosos nichos de formación de investigadores cuyas contribuciones a la historiografía colombiana no podemos despreciar, y algo semejante sucede con universidades en Argentina, Ecuador y Chile.

Obras forjadas en el exterior

La onerosa formación en Europa también sigue siendo una alternativa. Francia, a pesar de las recientes reformas del ciclo universitario, que han ido en desmedro de la calidad académica, es todavía un pilar en la formación de doctoras y doctores en historia o ciencias afines. Las derivaciones fructíferas de las tesis doctorales hechas en Francia nos han permitido conocer innovaciones rotundas de la historiografía política y, en particular, relacionadas con el estudio del proceso de Independencia; es el caso de Isidro Vanegas Useche y de Daniel Gutiérrez Ardila. El primero estableció una provechosa conversación con la obra del filósofo político Claude Lefort, de la que han resultado sus libros *El constitucionalismo fundacional* (2012) y *La revolución neogranadina* (2013); Gutiérrez, mientras tanto, demostró con sumo detalle cómo durante la primera república hubo una explosión de soberanías fragmentadas y poderes locales (2010). El libro de Adriana María Alzate Echeverri (2012), sobre la institución hospitalaria en el Nuevo Reino de Granada entre 1760-1810, admite deuda con sus maestros en Francia. Otra investigación resultante de una tesis doctoral francesa fue el libro de Gilberto Loaiza Cano (2011) consagrado a la aplicación de una vieja categoría sociohistórica, la de sociabilidad, en el estudio de la vida pública del siglo XIX.

Estados Unidos ha sido otro refugio de la investigación histórica colombiana. De allí han emergido interesantes tentativas de remozamiento de la investigación histórica. Lina del Castillo, en su tesis doctoral y luego en su libro *Crafting a Republic for the World. Scientific, Geographic, and Historiographic Inventions of Colombia* (2018), examina cómo la geografía, la cartografía y el cuadro de costumbres fueron parte de los instrumentos con que una élite quiso construir un proyecto de nación pretendidamente moderna¹. Otra investigadora formada en universidades norteamericanas es Catalina Muñoz Rojas, cuyos trabajos aportan al descuidado siglo XX; ella privilegia en sus análisis la historia cultural entre los decenios 1920 y 1940².

El fomento de la investigación histórica, por parte del Estado colombiano, ha tenido expresión más o menos sistemática en las convocatorias anuales del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (Icanh); su apoyo ha sido dirigido, especialmente, a los jóvenes investigadores. La Subgerencia Cultural del Banco de la República sostiene, desde hace varias décadas, una red de difusión y promoción de la investigación en ciencias humanas³; su *Boletín Cultural y Bibliográfico*, publicación periódica más visible que muchas revistas especializadas, contribuye al seguimiento crítico de las novedades de nuestros historiadores, a lo que se agrega el aporte de sus proyectos editoriales en alianza con algunas de nuestras universidades y, excepcionalmente, con el Fondo de Cultura Económica. Otro fomento de la investigación en historia y otras ciencias humanas proviene, generosamente, de la iniciativa privada plasmada por la Fundación Alejandro Ángel Escobar, hoy con el único premio prestigioso que anualmente reconoce los frutos de la labor investigativa colombiana en diversos campos del conocimiento. Mientras tanto, Colciencias fue una institución indiferente ante los procesos de investigación en las ciencias humanas y sociales⁴.

El esfuerzo de las universidades colombianas

Ante el poco apoyo estatal a la investigación histórica, las universidades colombianas han hecho esfuerzos mediante convocatorias internas que contribuyen a la terminación de tesis doctorales o a la organización de programas de investigación, como fue el caso de la Convocatoria Bicentenario Programas Nacionales de Investigación, lanzada en 2009 por la Vicerrectoría de Investigación de la Universidad Nacional de Colombia, que permitió la alianza de varios grupos de investigación que reunían a profesores y estudiantes de los programas de historia de las sedes de Medellín y Bogotá. Los resultados de ese programa de investigación, dirigido por Óscar Almario García bajo el rótulo de “Las culturas políticas de la Independencia, sus memorias y sus legados: 200 años de ciudadanías”, comenzaron a plasmarse en 2011⁵.

Otro dato del desprecio a la investigación histórica es el escaso o nulo reconocimiento de los programas editoriales por parte de la extinta Colciencias y su sistema de indexación Publindex. Aun así, algunas universidades han contribuido a difundir resultados de investigación, especialmente aquellos vertidos en tesis de maestría o doctorado. La Universidad del Rosario ha propiciado que una nueva generación de investigadores tenga difusión, como sucede con la obra de Juan Carlos Chaparro Rodríguez y su libro *¡Desmilitarizar las repúblicas!* (2017), o la de Esteban Morera Aparicio, autor de *La ciudad gaitanista. Santiago de Cali en la década de 1940* (2019). La Universidad Eafit, en Medellín, ha hecho esfuerzos similares al publicar la tesis doctoral de Liliana María López Lopera (2019), que es un avance en la aplicación de la historia conceptual a categorías del devenir político colombiano, y la de Patricia Cardona Zuluaga (2016).

1. Este libro tiene versión en español en una coedición del Banco de la República y la Universidad de los Andes: *La invención republicana del legado colonial. Ciencia, historia y geografía de la vanguardia política colombiana en el siglo XIX* (2018).

2. Su tesis doctoral, que data de 2009, no conoce aún versión en español, pero tiene alguna huella en el estudio que precede a *Los problemas de la raza en Colombia* (2011).

3. Desde su creación, en 1976, la Fundación para la Promoción de la Investigación y la Tecnología (FPIT) ha apoyado investigaciones en disciplinas de las ciencias humanas y sociales.

4. Colciencias fue, entre 1968 y 2019, la entidad encargada de promover las políticas públicas de fomento de la investigación en las diversas ciencias; desde 2020 se transformó en el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación.

5. Como veremos más adelante, de este programa de investigación surgieron por lo menos dos libros colectivos.

Ante un precario sistema de investigación, emergen, en compensación, trayectorias individuales que destacamos enseguida.

Trayectorias individuales consolidadas

Algunos autores demuestran que el afianzamiento en unos métodos y en unos temas, así como la formación lenta y sistemática de un archivo, son factores determinantes en la solidez de una trayectoria intelectual. Son autores responsables de líneas de investigación sostenidas durante varias décadas, seguramente desde los inicios de sus vínculos profesionales con la academia universitaria; por tanto, son historiadores con personalidad definida, incluso protagonistas de formas muy singulares de escribir la historia.

Un ejemplo de aquello lo brinda César Augusto Ayala Diago, historiador que desde la década de 1980 viene estudiando los populismos en Colombia y América Latina. Su escritura es sello inconfundible de la minucia que va más allá del microanálisis; imposible hallar en él una síntesis. Ese culto al detalle desembocó en la trilogía de libros dedicada a la biografía de Gilberto Alzate Avendaño y en uno más a su saga sobre la historia de la Alianza Nacional Popular (2011); aunque el origen de la biografía data de 2007, los dos tomos siguientes aparecieron en 2010 y 2013⁶. El personaje biografiado fue un político conservador que vivió cincuenta años y quizás no merecía obra tan copiosa; por eso estimo que estamos ante un buen ejemplo acerca de cómo el autor impone su superioridad analítica y retórica sobre un objeto de estudio de dudoso relieve.

Otro autor que tiende a la desmesura en el relato es Armando Martínez Garnica. Una primera parte de su trayectoria estuvo concentrada en la historia regional y luego derivó hacia el estudio del primer liberalismo en la época republicana y de los ensayos constitucionales en el decenio de 1810. Ha sido acucioso compilador y difusor de hallazgos documentales en torno a esos años iniciales de la república. Tal trayectoria tuvo corolario en *Historia de la primera República de Colombia, 1819-1831. "Decid Colombia sea, y Colombia será"* (2019). Es un libro de 767 páginas en que el autor exhibe un innecesario culto a la anécdota; su relato parece más importante que los hechos mismos del pasado. Ahora bien, esta obra es y será indispensable para comprender qué sucedió en los inicios de la formación del sistema político republicano, y también nos muestra la raíz de dificultades que aún hoy persisten en el funcionamiento del Estado. El libro satisface un prolongado vacío en la producción historiográfica colombiana; ya no estamos ante el lejano libro de David Bushnell, *El régimen de Santander en la Gran Colombia* (1966), para entender los dilemas de la formación estatal durante la primera presidencia de Francisco de Paula Santander.

Francisco Gutiérrez Sanín es el autor que mejor combina la investigación histórica y los apoyos teóricos de la ciencia política; habría que añadir, además, la importancia de su formación en matemáticas. Su abundante producción es sistemática en el examen de los regímenes políticos en Colombia y ha sabido mezclar el estudio concentrado de coyunturas con miradas de larga duración a los procesos políticos, especialmente los del siglo XX. En *El orangután con sacoleva* (2014) hace una caracterización de un siglo de la anomalía democrática llamada Colombia; en cambio, en *La destrucción de una república* (2017), otra vez apoyado en un aparato teórico sugestivo, analiza el funcionamiento de los partidos políticos liberal y conservador en la coyuntura de la denominada República Liberal. En las postrimerías de 2020 publicó *¿Un nuevo ciclo*

6. La coedición de los tres tomos de su biografía revela, además, las dificultades que enfrenta un historiador para publicar un estudio de esta envergadura.

de la guerra en Colombia?, libro acerca de las incertidumbres de la transición política impuesta por un acuerdo de paz asediado por múltiples enemigos y obstáculos.

A ellos se deben agregar las contribuciones de Mauricio Nieto Olarte, Mauricio Archila Neira, Alberto Mayor Mora, Luis Javier Ortiz, Renán Silva Olarte y Santiago Castro-Gómez, conjunto de investigadores que han consolidado una artesanía intelectual y que, en consecuencia, constituyen un paradigma por sus métodos, por sus propuestas teóricas, por sus hallazgos. Todo eso los vuelve ineludibles en cualquier estado de la cuestión en la historiografía colombiana.

La llegada de la “historia intelectual”

Imposible no registrar un suceso tan abarcador y tan difuso como ha sido la emergencia de la historia intelectual. Algunos sin saberlo, otros sin desearlo, hemos llegado a un punto de afinidad en que convergen la antigua historia de las ideas, la historia del pensamiento, la biografía intelectual, la historia de los intelectuales, la historia conceptual de lo político. En 2012, con el impulso entusiasta de Juan Guillermo Gómez, Selnich Vivas y otros investigadores de la Universidad de Antioquia, tuvo lugar en Medellín un multitudinario primer Encuentro de Historia Intelectual de América Latina. Desde entonces ha ido acumulándose una producción historiográfica bajo un rótulo que designa un universo de posibilidades muy variado.

El rótulo “historia intelectual” puede ser novedoso, pero no es nueva en Colombia la preocupación por asuntos relacionados con esa área de estudios; estudiar obras, escritores, generaciones intelectuales, grupos reunidos en revistas, todo eso venía haciéndose por lo menos desde la década de 1990. Aún más, aquellos que desde hace varias décadas han incursionado en el estudio de la Ilustración criolla —Renán Silva, Mauricio Nieto, Santiago Castro-Gómez, principalmente— plasmaron, cada uno a su modo, los vínculos de lo intelectual con lo político, las contigüidades entre el pensamiento científico y el pensamiento político⁷. Sin embargo, en esta última década tomó fuerza hablar de una “nueva historia intelectual” basada en los preceptos de los historiadores de la escuela de Cambridge, la historia conceptual alemana, la historia conceptual de lo político según la propuesta francesa, a lo que puede agregarse un redescubrimiento de los métodos genealógico y arqueológico de Michel Foucault.

La producción historiográfica que confluye en la historia intelectual proviene de puntos de partida diversos: para unos, se trata de una renovación de la historia del pensamiento político con el acento puesto en el lenguaje; para otros, el origen se halla en una extensión provechosa de los estudios literarios que salieron del examen inmanente de los textos a buscar explicaciones en las condiciones de posibilidad de los enunciados; otra parte proviene de la historia de las ciencias o de las sociologías de la cultura y el conocimiento. Es difícil dirimir ahora qué es o no la historia intelectual. Nos limitamos a destacar la producción historiográfica nacional que evoca algún vínculo con esa difusa área de estudios.

Una variante de la historia intelectual es trazada por Juan Guillermo Gómez García, muy apegado al estilo del ensayo en la tradición crítica de Rafael Gutiérrez Girardot, vínculo que exalta en *Cinco ensayos sobre Rafael Gutiérrez Girardot* (2011a); además, la propuesta de Gómez García consiste en hacerle seguimiento al pensamiento de las élites ilustradas hispanoamericanas, como lo

7. Mauricio Nieto Olarte, en particular, parece haber logrado una síntesis del examen de esos vínculos en su más reciente libro, *Una historia de la verdad en Occidente. Ciencia, arte, religión y política en la conformación de la cosmología moderna* (2019).



Historia de la vida privada en Colombia

Ocupación de Colombia sea Colombia sea

Serena de la guerra en Colombia

Un nuevo ciclo de la guerra en Colombia?

¡Desampliar las repúblicas!

El oragutar con sacerdotia

hizo en *Intelectuales y vida pública en Hispanoamérica. Siglos XIX y XX* (2011b). Muy cerca en postulados, hallazgos y métodos de indagación está la obra prolija de Rafael Rubiano Muñoz (2013, 2016, 2018) dedicada a la vasta trayectoria de Baldomero Sanín Cano; la compilación, el análisis de la obra, la reconstitución biográfica, el examen de las redes intelectuales, todo eso hace parte del acumulado de estudios alrededor de este ensayista colombiano.

Otra ruta es la lectura inteligente que Iván Padilla Chasing (2016) hizo de la novela *María*. Es muy reveladora la tentativa de incorporar a su estudio elementos que están más allá del texto literario y buscar una explicación de la novela en la situación del autor y los debates en torno al ascenso de un catolicismo intransigente en Colombia. Este estudio de Padilla Chasing se inscribe en su sistemático examen del universo letrado del siglo XIX colombiano; él ha sido uno de los promotores de la renovación de estos estudios, con un especial detenimiento en la impronta de ciertas figuras conservadoras que una historiografía liberal había soslayado (2008, 2017).

Nuevas generaciones de historiadores han iniciado su trayectoria dentro de la historia intelectual. Son los casos de Carlos Villamizar Duarte y su mirada desde la historia conceptual al lenguaje político del siglo XVIII neogranadino (2012); de Gabriel Samacá Alonso y su estudio del grupo de intelectuales reunidos en el Centro de Historia de Santander, en la primera mitad del siglo XX (2015). Una conexión entre la historia de la educación y la del libro la hizo, con matiz muy regional, Rafael Acevedo Puello (2011, 2017).

Al lado de la historia intelectual, han tomado fuerza la historia del libro y sus derivaciones en la historia de la lectura o de la edición. Uno de sus impulsores ha sido Alfonso Rubio Hernández que, en compañía de Juan David Murillo Sandoval, ha aportado una primera aproximación a una historia de la edición durante el período de emergencia de la cultura impresa, entre el siglo XVIII y primera mitad del XIX (2017). En una perspectiva más compleja, Paula Marín Colorado (2017) examinó la relación entre la profesionalización de los escritores, la autonomía literaria y la creación novelesca en lo que fue su tesis doctoral publicada. Al lado de este estudio situamos otro de índole monográfica, el de Felipe Vanderhuck Arias sobre el escritor José Antonio Osorio Lizarazo (2012).

Mientras tanto, Gilberto Loaiza Cano reunió en su libro *Poder letrado* (2014) un conjunto de ensayos de “historia intelectual de Colombia”, entre los que incluyó algunos escritos producidos en la década 1990, relacionados con aportes a la historia de la literatura. Luego, en *El lenguaje político de la república* (2020), admitió el apego a algunas tesis del historiador John G. A. Pocock para reconstruir el proceso de formación de la opinión pública en las antiguas posesiones españolas en América, entre 1767 y 1830.

La historia intelectual es un área en formación a la espera de una producción más consistente que evidencie, por ejemplo, la conversación con la filosofía política, con la historia de las ciencias, con la historia del pensamiento.

Biografías intelectuales y biografías de intelectuales

La historia intelectual tiene vínculos estrechos con unos géneros de investigación y escritura que suelen ahogarse en el tinero; las biografías intelectuales y las biografías de intelectuales contienen unos niveles de complejidad que des-

bordan nuestro débil sistema universitario de investigación. Se trata de géneros insulares y, por eso, cualquier novedad merece aprecio.

Una precisión rápida: la biografía intelectual es un género anclado en el estudio de la producción intelectual de alguien y eso define su carácter fragmentario; mientras tanto, la biografía histórica tiene una pretensión de exhaustividad muy difícil de colmar. Como ejemplo de la primera atisbamos el libro de Andrés López Bermúdez (2014) sobre la obra de Jorge Zalamea. Dos ejemplos destacamos de la segunda: Gonzalo Cataño (2013), quien dio culmen a su biografía sobre Luis E. Nieto Arteta, considerado como un intelectual menor pero con una trayectoria que sirvió para explicar el proceso de aclimatación y circulación, tímida y tardía, en Colombia, de las obras de Marx, Spengler, Dilthey, Husserl, Heidegger; la otra es, ni más ni menos, la apuesta escrituraria de Fernando Vallejo en *El cuervo blanco* (2012). No es fácil admitir ni entender a Vallejo como biógrafo, pero sus licencias narrativas están blindadas por la labor de archivo. Sus biografías son historias del mundo letrado con sus formas de circulación del conocimiento y vínculos con el mundo de la imprenta; aportan a la historia del libro, de la edición, de la lectura y, por supuesto, a la historia de la cultura intelectual.

EL DISCURSO HISTÓRICO EN LA VIDA PÚBLICA COLOMBIANA

La historia es ciencia y discurso: como ciencia, procura dotarse de métodos y controles para decir responsablemente toda la verdad posible sobre los procesos de cambio de las sociedades humanas; como discurso, provee a los agentes políticos y sociales de dispositivos para tratar de imponer representaciones acerca del pasado. Como sucede con todas las ciencias humanas y sociales, la historia está expuesta a los intereses, deseos, opiniones de todos los miembros activos y pasivos de la vida pública. La ciencia histórica no está hecha solamente de los consensos y legitimaciones producidos por la comunidad específica de profesionales de la historia; también está moldeada por las militancias políticas, por las agendas del Estado y por las opiniones bien o mal fundadas de los ciudadanos. En la Colombia de esta última década, algunos factores ajenos a la ciencia misma han determinado su condición de instrumento privilegiado para hacer recordar, para procurar una verdad supuestamente reparadora, para darle sustento a la acción estatal.

La conmemoración del bicentenario de las independencias

El bicentenario de las independencias en las antiguas posesiones españolas en América ha movilizado a las comunidades historiográficas de la región. Colombia, por supuesto, quedó inmersa en los afanes conmemorativos; hubo una movilización que comprometió esfuerzos de toda la historiografía profesional, de las academias regionales de historia, divulgadores culturales, museos, bibliotecas y archivos hasta llegar a la Presidencia de la República. Hubo, en fin, un alud conmemorativo.

La primera consecuencia del auge conmemorativo fue el retorno de la historiografía profesional colombiana al estudio de un objeto que había sido desahuciado. La revolución política adquirió notoriedad y eso implicó la revisión de viejos postulados en torno al hecho. Hubo renovación de las preguntas y de los métodos, una ampliación de los archivos hasta constituir un campo de estudios relativamente renovado. Junto al estudio de la revolución de Independencia emergió un interés —también tardío— por averiguar acerca de la circulación y recepción de un ideario republicano. Hay que reconocer que antes de 2010

circulaban posturas relativamente novedosas sobre el hecho revolucionario, más que todo desde la obra de François Furet, *Penser la Révolution française* (1978), y luego con François-Xavier Guerra (1992). Con el paso del tiempo, el modelo propuesto por Guerra mostró insuficiencia; entre otras razones por haber basado sus reflexiones en el caso mexicano, cuyo proceso revolucionario dista mucho de lo sucedido en el sur de América. Sin embargo, a pesar de estas relativas innovaciones, hay pocas obras individuales sistemáticas sobre el tema; Vanegas Useche, Gutiérrez Ardila y Martínez Garnica son quizás los más destacados, no solo por sus obras, sino también por sus esfuerzos en la compilación y publicación de documentos de la época.

La historiografía colombiana estuvo por mucho tiempo anclada en el estudio de la segunda mitad del siglo XIX. La inquietud por el proceso de Independencia despertó el interés por la primera mitad de ese siglo y, mejor, por la transición histórica entre el antiguo y el nuevo régimen, lo cual ha implicado una revaloración política del siglo XVIII. En el estudio de esa transición ha asomado otro interés tardío que consiste en averiguar por un pensamiento republicano, antes de que se afanzara un genérico liberalismo. Sin embargo, todo esto apenas se esboza y no tenemos obras que afirmen hallazgos o virajes interpretativos rotundos. Por ahora, la única obra potente que resulta de una lectura “republicana” del devenir político de los primeros decenios en la Nueva Granada proviene del historiador francés Clément Thibaud (2017), el más sistemático estudioso extranjero del proceso de Independencia en Colombia y Venezuela.

El libro conmemorativo

Una manera de compensar o disimular la escasez de obras individuales que den cuenta del proceso revolucionario de los primeros decenios del siglo XIX ha sido el libro colectivo. Desde la Presidencia de la República hasta algunos departamentos de historia hallaron en el libro colectivo una escapatoria conmemorativa. La primera, en dos ocasiones, acudió al libro ornamental para evocar el bicentenario de la Independencia: la presidencia de Álvaro Uribe Vélez patrocinó “una edición de lujo” de dos tomos (Tirado y Martínez, 2010; Tirado y Rodríguez, 2010), y luego, en la presidencia de Iván Duque Márquez, apareció un tomo de impecable diseño e investigación de imágenes (Raisbeck, 2019). Más en el primer proyecto que en el segundo logró reunirse una comunidad de autores con investigaciones originales para la obra. Pero tanta munificencia editorial no busca auditorios amplios, son libros para adornar oficinas. El Departamento de Historia de la Universidad Nacional - Sede Bogotá se inclinó por intentar matar varios pájaros de un tiro. Con un libro conmemoraron los 50 años de fundación de esa unidad académica y el bicentenario de la Independencia; la obra reúne ensayos de la mayoría de integrantes de ese reconocido departamento y su contenido es muy diverso. Ellos le apostaron a la cabriola de ocuparse, por un momento, de un tema y un período que no eran centro de sus preocupaciones (Tovar Zambrano, 2012a). Tal libro ratifica el artificio de la conmemoración bicentenaria y constata las dificultades de la comunidad historiográfica para abordar el proceso político de separación del dominio español y la instalación de un régimen republicano.

El libro colectivo ha cumplido la función de congregar historiadoras e historiadores reconocidos en Hispanoamérica como estudiosos del hecho revolucionario de la Independencia. Marco Palacios (2009) inauguró la función conmemorativa del libro colectivo con un conjunto de ensayos cuya ostensible calidad radica en

la selección afortunada de los colaboradores. Precisamente, una de las funciones invisibles de estos libros colectivos es la consagración del escogido ramillete de autores. Siempre será un honor una invitación a escribir en libros que reúnen a una élite de la escritura de la historia en Colombia y América Latina; además, con el aliciente de una edición lujosa y una circulación que traspasa fronteras. Eso puede haber sucedido con los dos tomos que, financiados por la aseguradora Mapfre y dirigidos por Eduardo Posada Carbó (2010, 2012), compilan una ensayística que examina la historia de Colombia desde los tiempos de la Independencia hasta los umbrales de la Regeneración. Algo semejante puede decirse del libro coordinado por Pablo Rodríguez Jiménez (2019).

El libro colectivo también ha servido para presentar resultados de investigación colectiva que, en algunos casos, incluye colaboraciones de estudiantes; en otros, es la reunión de ponencias. De todos modos, su profusión volvió a algunos historiadores especialistas en los procesos de edición, como sucede con Yobenj Aucardo Chicangana y Francisco Ortega Martínez, editores de tres libros de íntima conexión temática con las independencias (2011a, 2011b, 2012)⁸. A pesar de esfuerzos tan loables, el recurso del libro colectivo expone una carencia: la falta o escasez de investigaciones individuales. También puede revelar el atraso general de una comunidad académica. Esto último fue visible en un libro publicado por el Instituto Caro y Cuervo (Bajini y Perassi, 2013), un compendio de lugares comunes que desnudó el estancamiento en la investigación latinoamericanista de algunas universidades europeas.

Otras tentaciones del libro colectivo

Los libros colectivos han sido también una práctica narrativa con sus oficiantes consagrados. El recién fallecido Rubén Sierra Mejía tuvo vocación de coordinador editorial por mucho tiempo, y de su esmero surgieron por lo menos cuatro libros colectivos que contienen ensayos de uso frecuente en la enseñanza universitaria (2012, 2018). Lo curioso es que ese tipo de libros suele ser recordado más por el nombre del editor que por los artículos y autores reunidos⁹. Algo semejante puede decirse del esfuerzo de relatar una historia del pensamiento colombiano a múltiples voces, como lo promovió el Instituto Pensar de la Pontificia Universidad Javeriana (Millán, Hoyos y Castro-Gómez, 2013). Otra vez el libro colectivo parece subsanar la carencia de obras individuales sólidas sobre un mismo asunto; precisamente, después de la remota historia del pensamiento colombiano del siglo XIX de Jaime Jaramillo Uribe no ha surgido nada que la controvierta o supere¹⁰.

Es muy posible que la edición de libros colectivos busque hacer balances en áreas definidas o volver visible una tendencia historiográfica en que el editor funge como autoridad. Cuando Pablo Rodríguez Jiménez y Jaime Borja Gómez coordinaron los volúmenes de *Historia de la vida privada en Colombia* (2009), parecían establecer un campo historiográfico que, por supuesto, partía de los derroteros definidos por los temas e historiadores invitados. También puede comprenderse como una alternativa para abordar un objeto de estudio complejo que exige la presencia de especialistas muy variados; así pudo haber sucedido en las dispendiosas historias de ciudades, como la emprendida por Tovar Zambrano (2012b).

En definitiva, el libro colectivo ha sido refugio de una comunidad historiográfica que depende mucho de los liderazgos editoriales bogotanos. Ha servido para crear una ilusión de campos historiográficos; ha ayudado a que historiadoras

8. El mayor mérito de estos libros es haber servido de informes finales del programa de investigación que mencionamos al inicio.
9. En estos tiempos de frenética medición de la producción intelectual, es mal síntoma que quienes colaboran en libros colectivos caigan en una zona borrosa y que los créditos generales de una obra los absorba el editor.
10. Ni filósofos ni historiadores parecen haber tomado en serio la necesidad de una visión de larga duración (por lo menos dos siglos) del pensamiento colombiano. Ojalá la moda de la historia intelectual impulse una solución a esa carencia.

e historiadores de provincia reciban algún grado de reconocimiento; ha promovido estudiantes talentosos, pero, insistamos, también delata flaquezas en la investigación individual.

Los conflictos de la memoria

En esta década, la memoria emergió con fuerza en la discusión pública y eso ha implicado nuevos desafíos para la ciencia histórica. Ha emergido en dos fórmulas conceptuales muy distintas en sus contenidos y sus orígenes. La primera habla de una memoria cultural asociada al desvelamiento de los mitos fundadores de la nación y forjadores de una supuesta identidad colombiana. El origen de la reflexión es netamente intelectual; la formuló un grupo interdisciplinario que preparó dos libros colectivos (Mojica, Gómez y Rincón, 2010) y dos libros individuales, estos últimos de la autoría de Carlos Rincón (2014, 2015). La concepción y la realización son sugestivas porque entrañan una travesía por la iconografía, los mitos y los símbolos para entender la débil constitución simbólica del Estado colombiano. La otra fórmula habla de una memoria histórica ceñida a un presente cercano, al del largo conflicto armado colombiano, y en ella interviene una mixtura de agentes sociales en una pretendida reivindicación histórica y judicial de las víctimas del conflicto armado.

Durante los gobiernos de Álvaro Uribe Vélez y Juan Manuel Santos, entre 2002 y 2018, surgió una legislación relacionada con los procesos y acuerdos de paz — con paramilitares y con guerrilla— que puso en la agenda estatal los derechos de las víctimas a la verdad, la justicia, la reparación y la no repetición. Primero fue la Ley de Justicia y Paz (Ley 975 de 2005), luego la Ley de Justicia Transicional (Ley 1424 de 2010) y después la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras (Ley 1448 de 2011). La última, sobre todo, impulsó la creación de instituciones como el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH, en adelante), que reemplazó al Grupo de Memoria Histórica. La implementación de una justicia transicional derivó en una institucionalidad concentrada en acciones “en materia de memoria histórica” y eso entrañó la creación de archivos, museos, bibliotecas, con tal de preservar la documentación y construir una memoria colectiva nacional. Aunque esa institucionalidad sea todavía incipiente, se volvió ostensible la voluntad o deber del Estado de contribuir a hacer memoria del traumático conflicto armado colombiano.

La Ley 1448 de 2011 contiene las premisas y las funciones del CNMH, que consisten, primordialmente, en servir de institución que lidera y articula la voluntad estatal de “reparación integral de las víctimas del conflicto armado interno”, y entre las acciones de reparación está la de realizar “actos conmemorativos” tendientes a restablecer su dignidad. Para cumplir esa reparación simbólica de las víctimas, el Estado colombiano ha asumido “el deber de memoria” cuya expresión institucional es el CNMH. Desde su creación hasta hoy, esta institución ha sido el elemento articulador entre el Estado y la sociedad en el proceso de construcción de una memoria colectiva. Se ha encargado de establecer relaciones con grupos de víctimas, y de guiar la producción narrativa y testimonial de los múltiples relatos desde las esquinas más insospechadas y dolorosas de lo que ha dejado el conflicto armado interno en los sobrevivientes.

Ese hecho judicial, político y simbólico de crear una institucionalidad para elaborar una plural memoria que restituya la dignidad de las víctimas ha sido, también, un hecho discursivo y epistemológico que desafía a la ciencia histórica. El historiador

o la historiadora, como sujeto individual que construye enunciados basados en la combinación de narración y explicación debidamente documentada, parece un modelo epistemológico insuficiente en la construcción de cualquier versión aproximada de verdad. El interés conmemorativo del Estado, de sus agentes escriturarios reunidos en el CNMH, y de las comunidades y organizaciones que han buscado un resarcimiento de su condición de víctimas, pone el acento en las experiencias, en las vivencias, en los testimonios. Ante esta fuerza expresiva de la memoria, el discurso racional historiográfico parece perder toda capacidad de convocatoria.

Desde 2011, el CNMH ha acumulado por lo menos 140 libros que, en su mayoría, son relatos de experiencias de comunidades que han sobrevivido a los estragos del conflicto armado. Aquí, el científico social asume la condición de relator o relatora, porque, suponemos, construye una relación escrita de algo que originalmente es un relato oral y colectivo de una comunidad cuya identidad ha sido moldeada por una misma experiencia traumática. Ser relator o relatora sugiere un vínculo estrecho con las comunidades que poseen las vivencias. Las experiencias están sometidas a una especie de salvaguarda de su autenticidad; por eso el CNMH tiene entre sus funciones la formación y custodia de un archivo de los derechos humanos y la creación de un museo que ayude a transmitir la densidad documental de la memoria de las víctimas. Los libros ocupan, en esa construcción de una memoria colectiva, un punto de articulación muy complejo y conflictivo con la racionalidad del investigador, con las expectativas de la dirigencia política, con la voluntad estatal de hacer memoria.

Además de los libros que constituyen, en conjunto, una tentativa de un relato plural, hay otro conjunto de publicaciones del CNMH que testimonia los balances y reflexiones provocados por los desafíos narrativos, epistemológicos, éticos y pedagógicos de oficiar como relatores o relatoras de la memoria histórica del conflicto armado colombiano. Uno de esos balances (Stern, 2018) es revelador porque muestra la filiación de autoridad del CNMH a las ciencias humanas norteamericanas; porque exhibe una voluntad estratégica en el ejercicio de construir la memoria de las historias vividas por las víctimas del conflicto armado, puesto que hay la intención de reparar a las víctimas o contribuir al esclarecimiento de la verdad con fines judiciales; pero, quizás más determinante, la memoria histórica busca trascender como garantía de vida futura para la sociedad, en la medida en que contribuya a las garantías de no repetición. Tratar de evitar que se repita una traumática vivencia colectiva es una ilusoria atribución al ejercicio de reconstruir la memoria de nuestro pasado reciente.

CONCLUSIÓN

Todo balance es incompleto. Falta examinar el olvido de los estudios sobre la época colonial, las pocas y débiles incursiones en el siglo XX, el exceso de oficiantes del siglo XIX. ¿Qué ha pasado con la historia social, con la historia del Estado o con la historia de lo religioso? Cualquier balance pellizca a una ciencia que, como la historia, habla poco de sí misma. Logramos mostrar varias formas posibles de investigar y escribir historia, formas que compiten y que, por tanto, son relativas. Unos, unas, han optado por la investigación lenta y difícil que culmina en un libro de autor, fieles a los paradigmas de Marc Bloch, Fernand Braudel o Edward P. Thompson; otros, otras, han preferido relatar testimonios de sobrevivientes de nuestro conflicto armado; otros seguirán siendo editores de libros colectivos. Otros más serán divulgadores en medios masivos, o escritores de síntesis. Y otros acudirán a las licencias de ficción de la novela histórica. Todos dirán que tienen la razón. Son historias posibles en un país difícil. ■



LISTA DE LIBROS REFERIDOS

- Acevedo Puello, R. E. (2011). *Memorias, lecciones y representaciones históricas. La celebración del primer centenario de la Independencia en las escuelas de la provincia de Cartagena (1900-1920)*. Universidad de los Andes.
- Acevedo Puello, R. E. (2017). *Las letras de la provincia en la República. Educación, escuelas y libros de la patria en las provincias de la Costa Atlántica colombiana, 1821-1886*. Universidad de los Andes.
- Alzate Echeverri, A. M. (2012). *Geografía de la lamentación. Institución hospitalaria y sociedad. Nuevo Reino de Granada, 1760-1810*. Universidad del Rosario, Pontificia Universidad Javeriana.
- Ayala Diago, C. A. (2007). *El porvenir del pasado: Gilberto Alzate Avendaño, sensibilidad leoparda y democracia. La derecha colombiana de los años treinta* (t. I). Fundación Gilberto Alzate Avendaño, Gobernación de Caldas, Universidad Nacional de Colombia.
- Ayala Diago, C. A. (2010). *Inventando al Mariscal: Gilberto Alzate Avendaño, circularidad ideológica y mimesis política* (t. II). Fundación Gilberto Alzate Avendaño, Gobernación de Caldas, Universidad Nacional de Colombia.
- Ayala Diago, C. A. (2011). *La explosión del populismo en Colombia. Anapo y la participación política durante el Frente Nacional*. Universidad Nacional de Colombia.
- Ayala Diago, C. A. (2013). *Democracia bendita seas... Gilberto Alzate Avendaño, liberado, 1950-1960* (t. III). Fundación Gilberto Alzate Avendaño, Gobernación de Caldas, Universidad Nacional de Colombia.
- Bajini, I. y Perassi, E. (eds.) (2013). *Independencias hispanoamericanas. Entre historia y ficción. Reflexiones desde el Bicentenario*. Università degli Studi di Milano, Istituto Caro y Cuervo.
- Bushnell, D. (1966). *El régimen de Santander en la Gran Colombia*. Universidad Nacional de Colombia.
- Cardona Zuluaga, P. (2016). *Trincheras de tinta*. Universidad Eafit.
- Castillo, L. del (2018). *Crafting a Republic for the World. Scientific, Geographic, and Historiographic Inventions of Colombia*. University of Nebraska Press.
- Cataño, G. (2013). *La introducción del pensamiento moderno en Colombia. El caso de Luis E. Nieto Arteta*. Universidad Externado de Colombia.
- Chaparro Rodríguez, J. C. (2017). *¡Desmilitarizar las repúblicas! Ideario y proyecto político de los civilistas neogranadinos y venezolanos, 1810-1858*. Universidad del Rosario.
- Chicangana, Y. A. y Ortega Martínez, F. (eds.) (2011a). *200 años de independencias. Las culturas políticas y sus legados*. Universidad Nacional de Colombia.
- Chicangana, Y. A. y Ortega Martínez, F. (eds.) (2011b). *Del dicho al hecho. 200 años de independencia y ciudadanía en Colombia*. Ministerio de Cultura, Museo Nacional de Colombia, Universidad Nacional de Colombia, Pontificia Universidad Javeriana, Asociación de Amigos del Museo Nacional.
- Chicangana, Y. A. y Ortega Martínez, F. (eds.) (2012). *Conceptos fundamentales de la cultura política de la Independencia*. Universidad Nacional de Colombia, Universidad de Helsinki.
- Furet, F. (1978). *Penser la Révolution française*. Gallimard.
- Gómez García, J. G. (2011a). *Cinco ensayos sobre Rafael Gutiérrez Girardot*. Unaula.
- Gómez García, J. G. (2011b). *Intelectuales y vida pública en Hispanoamérica. Siglos XIX y XX*. Universidad de Medellín, Universidad Nacional de Colombia.
- Guerra, F. X. (1992). *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. Fundación Mapfre, Fondo de Cultura Económica.
- Gutiérrez Ardila, D. (2010). *Un nuevo reino. Geografía política, pactismo y diplomacia durante el interregno en Nueva Granada (1808-1816)*. Universidad Externado de Colombia.
- Gutiérrez Sanín, F. (2014). *El orangután con sacoleva. Cien años de democracia y represión en Colombia (1910-2010)*. Debate, Universidad Nacional de Colombia.
- Gutiérrez Sanín, F. (2017). *La destrucción de una república*. Taurus, Universidad Externado de Colombia.
- Gutiérrez Sanín, F. (2020). *¿Un nuevo ciclo de la guerra en Colombia?* Debate.
- Loaiza Cano, G. (2011). *Sociabilidad, religión y política en la definición de la nación. Colombia, 1820-1886*. Universidad Externado de Colombia.
- Loaiza Cano, G. (dir.) (2012). *Historia de Cali, siglo XX* (3 tt.). Universidad del Valle.
- Loaiza Cano, G. (2014). *Poder letrado. Ensayos sobre historia intelectual de Colombia, siglos XIX y XX*. Universidad del Valle.

- Loaiza Cano, G. (2020). *El lenguaje político de la república. Aproximación a una historia comparada de la prensa y la opinión pública en la América española, 1767-1830*. Universidad Nacional de Colombia.
- López Bermúdez, A. (2014). *Jorge Zalamea, enlace de mundos. Quehacer literario y cosmopolitismo (1905-1969)*. Universidad del Rosario.
- López Lopera, L. M. (2019). *Lugareños, patriotas y cosmopolitas. Un estudio de los conceptos de patria y nación en el siglo XIX colombiano*. Universidad Eafit.
- Marín Colorado, P. A. (2017). *Novela, autonomía literaria y profesionalización del escritor en Colombia (1926-1970)*. La Carreta Editores.
- Martínez Garnica, A. (2019). *Historia de la primera República de Colombia, 1819-1831. "Decid Colombia sea, y Colombia será"*. Universidad del Rosario.
- Millán, C., Hoyos, G. y Castro-Gómez, S. (eds.) (2013). *Pensamiento colombiano del siglo XX* (3 tt.). Pontificia Universidad Javeriana.
- Mojica, S. de, Gómez, L. y Rincón, C. (eds.) (2010). *Entre el olvido y el recuerdo. Íconos, lugares de memoria y cánones en la historia y la literatura en Colombia*. Pontificia Universidad Javeriana.
- Morera Aparicio, E. (2019). *La ciudad gaitanista. Santiago de Cali en la década de 1940*. Universidad del Rosario.
- Muñoz Rojas, C. (2011). *Los problemas de la raza en Colombia. Más allá del problema racial: el determinismo geográfico y las "dolencias sociales"*. Universidad del Rosario.
- Nieto Olarte, M. (2019). *Una historia de la verdad en Occidente. Ciencia, arte, religión y política en la conformación de la cosmología moderna*. Universidad de los Andes, Fondo de Cultura Económica.
- Padilla Chasing, I. V. (2008). *El debate de la hispanidad en Colombia en el siglo XIX*. Universidad Nacional de Colombia.
- Padilla Chasing, I. V. (2016). *Jorge Isaacs y María ante el proceso de secularización en Colombia (1850-1886)*. Universidad Nacional de Colombia.
- Padilla Chasing, I. V. (ed.) (2017). *Cuestión española y otros escritos de José María Vergara y Vergara*. Universidad Nacional de Colombia.
- Palacios, M. (coord.) (2009). *Las independencias hispanoamericanas. Interpretaciones 200 años después*. Editorial Norma.
- Posada Carbo, E. (dir.) (2010). *América Latina en la historia contemporánea. Colombia. Crisis imperial e Independencia (1808-1830)* (t. I). Fundación Mapfre, Taurus.
- Posada Carbo, E. (dir.) (2012). *América Latina en la historia contemporánea. Colombia. La construcción nacional (1830-1880)* (t. II). Fundación Mapfre, Taurus.
- Raisbeck, D. (ed.) (2019). *Bicentenario de la Independencia de Colombia (1810-1830) y la fundación de la República*. Credencial Historia, Banco de la República.
- Rincón, C. (2014). *Íconos y mitos culturales en la invención de la nación en Colombia*. Pontificia Universidad Javeriana.
- Rincón, C. (2015). *Avatares de la memoria cultural en Colombia. Formas simbólicas del Estado, museos y canon literario*. Pontificia Universidad Javeriana.
- Rodríguez Jiménez, P. (ed.) (2019). *La República, 1819-1830*. Universidad del Rosario.
- Rodríguez Jiménez, P. y Borja Gómez, J. H. (eds.) (2009). *Historia de la vida privada en Colombia* (2 vols.). Taurus.
- Rubiano Muñoz, R. (2013). *Baldomero Sanín Cano en La Nación de Buenos Aires (1918-1931). Prensa, modernidad y masificación*. Universidad del Rosario.
- Rubiano Muñoz, R. (2016). *Años de vértigo. Baldomero Sanín Cano y la revista Hispania (1912-1916)*. Siglo del Hombre Editores, Universidad de Antioquia.
- Rubiano Muñoz, R. (2018). *Baldomero Sanín Cano. Un pensador colombiano para todos los tiempos. Errante, humanista y crítico*. Instituto Jorge Robledo.
- Rubio Hernández, A. y Murillo Sandoval, J. D. (2017). *Historia de la edición en Colombia, 1738-1851*. Instituto Caro y Cuervo.
- Samacá Alonso, G. D. (2015). *Historiógrafos del solar nativo. El Centro de Historia de Santander, 1929-1946*. Universidad Industrial de Santander.
- Sierra Mejía, R. (ed.) (2012). *La restauración conservadora, 1946-1957*. Universidad Nacional de Colombia.
- Sierra Mejía, R. (ed.) (2018). *La hegemonía conservadora*. Universidad Nacional de Colombia.
- Stern, S. J. (2018). *La memoria nos abre camino. Balance metodológico del CNMH para el esclarecimiento histórico*. Centro Nacional de Memoria Histórica.
- Thibaud, C. (2017). *Libérer le nouveau monde. La fondation des premières républiques hispaniques. Colombie et Venezuela (1780-1820)*. Les Perséides.



- Tirado Mejía, A. (dir.) y Martínez Garnica, A. (coord.) (2010). *Historia de la Independencia de Colombia. Revolución, independencias y guerras civiles* (t. I). Presidencia de la República.
- Tirado Mejía, A. (dir.) y Rodríguez Jiménez, P. (coord.) (2010). *Historia de la Independencia de Colombia. Vida cotidiana y cultura material en la Independencia* (t. II). Presidencia de la República.
- Tovar Zambrano, B. (ed.) (2012a). *Independencia: historia diversa*. Universidad Nacional de Colombia.
- Tovar Zambrano, B. (dir.) (2012b). *Historia comprehensiva de Neiva* (5 tt.). Alcaldía de Neiva, Academia Huilense de Historia.
- Vallejo, F. (2012). *El cuervo blanco*. Alfaguara.
- Vanderhuck Arias, F. (2012). *La literatura como oficio: José Antonio Osorio Lizarazo, 1930-1946*. La Carreta Editores.
- Vanegas Useche, I. (2012). *El constitucionalismo fundacional*. Plural.
- Vanegas Useche, I. (2013). *La revolución neogranadina*. Plural.
- Villamizar Duarte, C. V. (2012). *La felicidad del Nuevo Reyno de Granada: el lenguaje patriótico en Santafé (1791-1797)*. Universidad Externado de Colombia.